

los primeros Papas á darle por su parte con las tradiciones romanas el necesario sentido jurídico; vendrán Tertuliano y San Agustín á darle también algo del carácter de su continente misterioso, el Africa, y unido todo esto, al reconocimiento de la Biblia como base del Evangelio y al reconocimiento de la Sinagoga como ingreso en la Iglesia, el Cristianismo, derivado también de las reminiscencias védicas, y tan parecido en su liturgia fundamental y en sus ritos á los ritos y á la liturgia del Zendavesta, constituirá una síntesis verdaderamente humana, en la cual entrarán como factores indispensables todos los principios allegados hasta entonces por la cultura universal. Habrá dentro de este gran movimiento una impulsión filosófica, la cual pugnará con el carácter metafísico y artístico de la nueva idea, queriendo darle tan solo un carácter puramente moral. No de otra suerte procedieron los budhistas en la religión védica, oponiendo este carácter moral, positivo y práctico á la complicada metafísica natural y propia de los arios. Mas como quiera que atacaran las castas, y las castas fueran como la base fundamental de la sociedad india, rechazó esta el budhismo para que lo recogieran otros pueblos del extremo Oriente. Lo mismo ha sucedido con nuestras herejías, las cuales han formado sectas ó Iglesias aparte, mas inclinadas unas al monoteísmo semita como los arrianos, y mas inclinadas otras al panteísmo ario como los origenistas. Pero la gran corriente ha seguido su camino metiéndose por las profundidades mas insondables del espíritu, como para reflejar mejor las profundidades mas etéreas del cielo. Y al fin y al cabo háse fundado el Cristianismo, cuya situación actual vamos á ver ahora en resúmen, para poder convertir á lo futuro nuestros ojos. No se olvide, pues, cómo se ha ido formando la religión, sobre la cual reposan los espíritus, pues su formación secular, lenta, de carácter sintético, de tendencias universales y humanitarias, así como nos consuela en nuestros dolores presentes, nos hace columbrar y entrever un mas dichoso porvenir á fin de que no se aparten la verdad humana y la verdad divina, la religión y la ciencia, el Cristianismo y el derecho.

II

Veamos brevemente las religiones, que han servido á pueblos cultos y progresivos, para deducir de su estado presente, si nos acercamos á la muerte

y olvido tristísimo de toda fe religiosa, ó como seria de desear, á la renovación y al rejuvenecimiento. Ha sucedido con todas las religiones asiáticas lo mismo con la de Confucio que con la de Zoroastro, lo mismo con la de Zoroastro que con la de los Brahamanes, lo mismo con la de los Brahamanes que con la de los helenos, lo mismo con la de los helenos que con la de los latinos, lo mismo con la de los latinos que con la de los germanos un fenómeno universal: haber quedado reducidas al continente asiático en su mayor parte ó reemplazadas en todo por la superior sustitución del Cristianismo. Un solo dogma presenta su extraña y singular excepción á este movimiento humanitario: el dogma judío. La religión, guardada con tanto celo por los hijos de Israel en las arenas del desierto, verdadero templo á su Dios único, ha sobrepujado todas las dificultades históricas, y ha existido con perdurable fuerza en el seno de una raza perseguida y atormentada, pero verdaderamente culta y hasta cierto punto moderna. Pocas religiones han tenido un desarrollo tal como la religión hebrea. Su primer patriarca, el santo Abraham, alojado bajo su tienda, en el tronco de las palmas apoyada, y cerca de la linfa de una fuente clara en los oasis misteriosos corriente, álzase á concepciones metafísicas del Dios único, superior en magnitud al desierto sin límites y en claror al cielo con estrellas, para lo cual derriba el ídolo terrible, que pedía, bárbaro y antropófago, en sus aras cruentas, humanos sacrificios. Y luego este Dios, que parece ofuscado en la conciencia de Israel bajo el triste látigo de los soberbios Faraones, reaparece, como el sol tras la noche oscura, en el alma de Moisés, quien, Profeta y héroe, rompe la cautividad y servidumbre de su pueblo, sumerge al tirano y á sus caballos en las alteradas ondas del Mar Rojo, recibe al resplandor de la tempestad y al estampido de las nubes tonantes el Decálogo, código moral todavía de la humanidad, y muestra en los lejos del horizonte, desde las altas montañas, la tierra, donde corre la resina del incienso y huelen dulces mieles, tierra, prometida por el Dios de la libertad á cuantos hijos de Israel perseveraran constantes en su fe secular y huyeran á la triste abominable idolatría.

Establecióse después de Moisés la República teocrática mandada y dirigida por los jueces, quienes verdaderamente quisieron constituir el reinado de Dios sobre la tierra; pero circuidos los israelitas por todas partes de tem-

plos y de imperios, y de sacerdocios y de pueblos idólatras, claudicaron y cayeron á una en la triste abominacion de las abominaciones, en la idolatría, mil veces, contra lo cual se levantaron por milagro en legion y en coro los Profetas, defendiendo al pueblo contra la tiranía de los reyes y al templo contra el contacto de los ídolos. El Moisés de la sublime profecía judáica, el que agrupa en torno suyo las grandes almas proféticas, y las coloca, cual una constelacion brillantísima, en los cielos eternos de la historia, es, á no dudarlo, ese gran Elías, cuyo carro de fuego se ve pasar por los cedros del Líbano y por las cumbres del Carmelo; cuya voz suave, como la brisa del mar, se oye todavía con sus melodiosos acentos en las tempestuosas cumbres del alto Siná; y que, por tres religiones invocado como Abraham, asiste al coro inmortal de los Profetas, sus sucesores, á las predicaciones del Bautista en las orillas del Jordan; á la Transfiguracion de Cristo en el resplandeciente Tabor: que así premia la historia los altos conceptos añadidos al acervo comun de las ideas humanas y los grandiosos esfuerzos y sacrificios hechos por el progreso universal. El profetismo judío irá poco á poco presentando el reinado de Dios á la humanidad, reinado que solo podrá consolidarse y extenderse tomando por centro y núcleo la montaña sacratísima de Sion. En vano las langostas del desierto devorarán las viñas y los verjeles del Cedron; los soldados idólatras asaltarán los muros y entrarán por las puertas del sacro templo rompiendo las tablas de las leyes y quemando el divino libro; los tiranos de Nínive y Babilonia lanzarán á los Profetas en la fosa de sus leones y amontonarán las cadenas á las orillas del Éufrates sobre las espaldas de los elegidos del Señor; los mercaderes fenicios llevarán las hijas de Israel desde los bazares de Tiro en sus frágiles leños á los mercados de Jonia: en medio de tantas desgracias, á través de un paño de lágrimas, en los hondos calabozos de los déspotas y bajo los tristes sauces del desierto, apedreados por su propio pueblo y perseguidos por sus propios reyes, los Profetas verán, allá en los horizontes de lo futuro, levantarse á sus ojos el reinado de Dios, y con el reinado de Dios la religion del espíritu que ha de ser patrimonio comun de toda la humanidad. Esta idea fué, poco á poco, extendiéndose, y su culto espiritualizándose poco á poco en obras tales como los Salmos, cuyos bellos versículos ofrecen á Dios, en lugar del holocausto material antiguo,

un corazon arrepentido y dispuesto á recibir la divina misericordia con una conciencia esclarecida cual brillante luminar de los cielos inmensos.

La grande obra del pueblo judío es su libro, su Biblia, con razon llamada el Antiguo Testamento, y con razon tenida como una de las mas pingües herencias morales allegadas por la humanidad en su historia. No desconocemos que la crítica moderna, tanto en Alemania como en Holanda, estudiando el carácter de los pueblos israelitas, á la luz del puro juicio histórico, ha quitado tanto á la Iglesia católica ortodoxa como á la Iglesia luterana en general muchas de sus tradiciones bíblicas, tan asentadas en el consentimiento de los fieles y en la rutina secular. Ya sabemos que los dos nombres dados á Dios por los judíos, el singular, ó sea, el nombre de Jehová, que así escribiremos para menor confusion, aunque con poca propiedad, y el plural, Elohim, donde se guarda cierto género de politeísmo, revelan dos corrientes de ideas, encontradas y confundidas en el seno de la Biblia, y no igualmente monoteistas. Ya sabemos por los estudios de tantos y tantos sabios, cuyos apellidos embarazarían este sencillísimo epílogo, que no pueden atribuirse á Moisés, como se los atribuye la ortodoxia general cristiana, los libros del Pentateuco, redactados mucho mas tarde, allá en tiempos de Saul, por sacerdote de la familia de Aaron, que habia conservado las grandes tradiciones orales conocidas con el nombre general de tradiciones mosaicas. Ya sabemos que no puede atribuirse á Moisés un libro histórico, donde su propia muerte se historia y se refiere, así como muchas otras cosas despues de su muerte sucedidas. Ya sabemos cuánto se dice de los caracteres idumeos del sublime libro atribuido á Job; de las muchas obras y tradiciones imputadas falsamente á Salomon, bajo cuyo nombre se cuajan toda una leyenda y toda una ciencia; de los fragmentos apocalípticos encerrados en las profecías del gran Daniel; y de lo recientes que son los relatos del libro de Judith, sobre todo, si se relacionan con el origen y la fecha que les atribuye la creencia universal. Pero todo esto no quita, ni puede quitar un ápice á la importancia trascendental en la historia del sublime libro de los libros que ha traido al género humano, con las ideas fundamentales de la divinidad para el espíritu, las ideas fundamentales de la moral para la vida.

Imposible que ninguna religion pueda presentar los títulos del Judaismo

ante los juicios de la historia universal. En medio de la idolatría pagana, con la vecindad temerosa de colosales imperios idólatras, al pié de las Pirámides y de las esfinges egipcias, entre los altares de Moloch y de Baal, bajo los sauces de Babilonia y á los ecos de la orgiástica Nínive, despues del paso de Alejandro por sus desiertos, despues de las asechanzas que opusieran los Tolomeos á sus creencias, despues de la tiranía de los Seleucidas, bajo el imperio mismo de los romanos, cuando las nubes de los sacrificios materiales ofrecidos á los ídolos de oro empañaban su propio cielo, y los cantares báquicos de las voluptuosas religiones consagradas al culto de la naturaleza penetraban por sus oídos; Jerusalen, la verdadera ciudad de Dios, sostenia la idea metafísica sobre la cual debia fundarse nuestra fe y la ley de vida sobre la cual debia fundarse nuestra moralidad, consiguiendo que sus libros hayan pasado á proemio de todos nuestros libros religiosos, que sus Sinagogas hayan aparecido como atrios de todos nuestros templos cristianos, que sus Salmos contengan los clamores dirigidos al cielo por mil generaciones, que sus lamentos y sus elegías resuenen como resuenan los libros de Job en los funerales de nuestros muertos y como resuenan los Trenos de Jeremías en las Tinieblas de Semana Santa, que los sitios consagrados por la unción de sus recuerdos, los torrentes del Cedron donde han bebido sus Profetas, las rosas de Jericó en que se han aromado sus idilios, las colinas donde yacen sus héroes, los fragmentos rotos de los altares donde han celebrado sus holocaustos y sus sacrificios, merezcan todavía la visita mística de tantos peregrinos como van á bañar sus cuerpos en las aguas del Jordan y á ver antes de su muerte y de su juicio supremo y último, el Valle de Josafat. No hay que equivocarse, no: el Dios de los judíos es todavía el Dios de Keplero y de Newton, el Dios de Leibnitz y de Kant, el Dios de Víctor Hugo y de Manzoni, el Dios de Rafael y de Murillo, el Dios de Shakespeare y de Calderon, el Dios de la humanidad.

El Judaismo es un conjunto de tradiciones, de leyes, de ideas, de dogmas, sin cuya luz apenas se ve la humanidad en la historia. Y sin embargo, á pesar de tener el Judaismo esta considerable parte de vuestra vida y de vuestro espíritu, ¿lo admitiriais como una religion definitiva y total y absoluta, despues, sobre todo, de haber sido cristianos? Sucede con el Judaismo

exactamente lo que sucede con el Vedismo. Creemos y confesamos que tiene una parte considerable de nuestro sér y de nuestra vida, por lo mismo que somos cristianos; y sin embargo, no podemos reconocerlo como la religion definitiva y absoluta. Su sentido nacional parécenos hoy á nosotros estrecho. Su ley parécenos demasiado dura y cruel despues de haber sentido la misericordia divina en la reconciliacion de la criatura con el Criador traída por Jesucristo. Echamos de menos en el Judaismo aquella metafísica griega, la cual parece de nuestro espíritu salida, como el brillante hilo sale de los tegumentos del gusano de seda. No, la religion judía, por mas que contenga el principio metafísico de nuestra fe y el principio moral de nuestra vida, no puede ser, no, la religion completa y perfectísima del humano linaje. El pueblo sacerdotal, que la conservara y extendiera, cayó tan léjos de los ideales concebidos y soñados por sus antiguos profetas, que perseguirlo fué durante mucho tiempo una supersticion arraigada en los gobiernos cristianos y es hoy programa de un partido considerable y poderoso en el centro mismo de nuestra culta Europa. Ningun ideal se cumple y realiza por completo en la tierra. El Mesianismo judío, que aguardaba un guerrero y un conquistador para salvar, como Josué ó como Jephthé, al hijo de Israel, y darle un trono eminente sobre toda la tierra, háse cumplido por el humilde Galileo, inerme y pobre, que muriera, mártir de su ideal, en las cumbres del Gólgota. El reinado espiritual de Dios, háse cumplido, sí; mas no por la Sinagoga, por la Iglesia, no en torno del núcleo único de Jerusalen ó de la montaña de Sion, en torno de otros núcleos además de Jerusalen, como Atenas, como Alejandría, como Constantinopla, como Roma, como Witemberg, como Ginebra. Aquel Apocalipsis de los profetas ha destruido la Babilonia de los paganos; pero con la espada germánica y el martillo de Thor. En consecuencia, el Judaismo tiene derecho á considerarse como una parte integrante de la religion, como sucede al Vedismo y al Mazdeismo, pero no como la religion toda entera. El ideal divino de la humanidad no cabe dentro de las estrecheces y angosturas de un solo templo, entre los templos históricos, siquier ese templo tenga las dimensiones del erigido por Salomon y abrigue un Dios como el revelado por Moisés. El monoteismo puro no constituye hoy en el mundo otra cosa mas que la teocracia judía, dispersa por la tierra; y los imperios mahometanos, caidos en irremediable decadencia.